

AMNESIA INFANTIL – SADISMO DEL SUPER YO – TRANSFERENCIA ACTUAL

Alberto Loschi

Héctor cuenta en sesión que durante una comida familiar una sobrina política expresa el deseo de una comida especial. Al escucharla, Héctor le pregunta, en tono de broma, si no estará embarazada. De inmediato, muy consternado, recuerda que a esa sobrina hacía unos meses se le había realizado una histerectomía por un cáncer. Mientras lo relata se reprocha vivamente cómo había podido olvidar una cosa así.

Asocia entonces con un suceso que ya otras veces había comentado en análisis. Tiempo atrás, el contador de su empresa, alguien que trabaja con él desde hace más de veinte años, alude en una conversación a la muerte de su primer hijo al año de edad, ocurrida unos años antes. Héctor se sorprende que nunca se lo hubiese comunicado, el contador le responde que sí lo había hecho y que tal vez no lo recordara porque ocurrió en un momento en que Héctor estaba de viaje. La aclaración del contador no lo conforma pero cuando por la noche comenta este episodio con su mujer, ella no sólo lo confirma sino que le agrega unos detalles que Héctor había olvidado completamente.

Le sorprenden estos olvidos ya que suele presumir de buena memoria y lo relaciona con que él y su mujer fueron estériles (razón por la cual adoptaron dos niñas)^[1].

Mientras escucho estas asociaciones se me ocurre un chiste, que evito verbalizar al percibir en el mismo un cierto tono hostil.

A partir del chiste, que me surgió de una oscura sensación que despertó en mí su relato, asocio con una escena que Héctor ya había traído al análisis: hasta sus doce años, Héctor, que era hijo único, tenía que mostrarle sus deposiciones a la mamá cada vez que iba al baño. Al recordar esto se me ocurre que si bien le mostraba a la mamá su caca, para masturbarse debía cerrar la puerta.

En ese momento, sin reflexionar demasiado, me surge decirle que asocio su olvido con la masturbación (hasta donde yo sé no se masturba), y agrego: “Es más, te veo masturbando mientras hablas”. Héctor se ríe y yo registro que cambia y se disipa ‘la oscura sensación’ que el relato me había despertado.

De la intervención me sorprendió sobre todo la segunda parte, cuando le digo: “Es más, te veo masturbando mientras hablas”, ya que surgió sin reflexión previa mientras le decía lo primero.

Esta intervención tuvo algún efecto inmediato –la risa de Héctor, el cambio en mi ‘oscura sensación’- y otros posteriores que permitieron abordar bajo una nueva luz un tema importante en el análisis de Héctor: el sadismo.

Algunos de los síntomas que lo aquejaban en sus primeros tiempos de análisis eran el insomnio y las pesadillas. El contenido representacional de estas últimas versaba siempre sobre la misma cuestión: dentro de un sueño convencional aparecía sorprendentemente

un sádico que inexorablemente lo iba a hacer objeto de un tormento atroz: clavarle una jeringa infectada con Sida, retorcerle y quebrarle los dedos de la mano, etc. Ante la inminencia de esos ataques despertaba con angustia.

Esas pesadillas hace tiempo que no lo acosan, pero el insomnio es pertinaz.

La secuencia de sesión comentada parece responder a la misma arquitectura que esas pesadillas: comienza asociando con una reunión familiar, aparecen las palabras ‘comida especial’, ‘embarazo’ que inducen a pensar en ‘deseo’, ‘erotismo’; mas, sorpresivamente, se presenta un recuerdo trágico: ‘histerectomía’, ‘cáncer’, ‘muerte de un hijo’; el deseo se hace pesadilla. Del mismo modo surge repentinamente en mí un chiste en el que registro un matiz sádico. Y si bien queda sin verbalizar, la intervención a que da lugar sigue conservando esa cualidad disruptiva, con cierto tinte cómico. Podría entenderse la risa de Héctor como una satisfacción masoquista a mi ataque sádico. El edipo negativo –amor al padre- conserva al padre como objeto en lugar de resolverse en una identificación que defina la diferencia sexual. Esta vicisitud del Edipo lleva a que el deseo homosexual reprimido al asomarse a la conciencia implique –como premisa- la castración (pesadillas de Héctor).

Sin embargo creo que la intervención va más allá. Puso en juego un núcleo de verdad y llevó a un desarrollo en el análisis que posibilitó enlazar fragmentos del mismo bajo una nueva luz.

Como dijimos, la respuesta de Héctor a mi intervención fue la risa, y agregó: “Nunca me imaginé estar masturbándome en sesión”.

Entonces le digo: “Más que vos masturbarte, soy yo el que te veo así. Y quedo excluido. Quedo en el olvido. Olvidas mi ‘comida especial’, el embarazo que estamos gestando acá”^[2].

Al decir esto se me hizo más consciente ‘la oscura sensación’ que me había despertado su relato inicial. Al señalar mi exclusión pude incluirme.

A partir de trabajar sobre el análisis de este fragmento de sesión y de lo que dio lugar, se hizo clara la correlación entre el olvido y el objeto sádico. Por ej., Héctor tiene muy presentes los horarios de sesión y su puntualidad es absoluta. Llegar algunos minutos tarde – ‘olvidarme’- le despierta intensa angustia, teme mi ataque. En la medida que ‘me olvida’ me convierto en un objeto sádico.

Por ej., el chiste que se me ocurrió, suscitado por sus asociaciones acerca de los olvidos, trata de la caca como bebé que se da a luz, como falo y culmina con una alusión transparente al sometimiento anal. Todo el chiste tiene que ver con la castración. Esa escena de sometimiento anal, que se da en la transferencia, en la que él me muestra sus ‘cagadas’ –los olvidos- como lo hacía con la mamá, llevó en mí a asociarla con la masturbación.

En el sometimiento anal quedo incluido como objeto sádico, sodomizándolo, a la vez que él se adueña analmente del falo, castrándome. Me ‘seduce’ con sus asociaciones invitándome a que las interprete como él supone que las puedo interpretar (esterilidad, olvido de la muerte de un hijo, etc.).

En cambio, la escena de masturbación, pone más de relieve mi exclusión. Yo soy ‘la caca’ expulsada, olvidada. Puedo entender así mi vivencia ante su relato y explicar por qué al introducir la

masturbación se disipó esa 'oscura sensación', permitiendo abordar el sadismo desde otra vertiente. Por ej., al finalizar una sesión, contemporánea a la que estamos tratando, le anuncio a Héctor la fecha de la interrupción del análisis por mis vacaciones. Queda perplejo y al despedirse tiene un momento confusional. Era un viernes y tenía que despedirse hasta el lunes, pero dice: “ Hasta el viernes, no ... ¿qué día es hoy? ¿lunes? Hasta el miércoles, no, miércoles tampoco, bueno hasta la próxima”. Yo le anuncio una fecha y él confunde y olvida todas las fechas. Entiendo que la noticia de mis vacaciones hace aparecer un ataque de celos asesinos. Ese acto psíquico inconsciente se traduce en el yo por la confusión y olvido de todos los días de sesión. A la sesión siguiente, al volver sobre este episodio, recordaba la confusión pero no recordaba que hubiera aparecido como respuesta al anuncio de mis vacaciones, creía que ese dato yo se lo había comunicado en otro momento. Separa mi anuncio de su respuesta como en el acto psíquico de celos inconscientes me suprime, excluyéndome.

Esta relación entre olvido y sadismo me llevó a pensar la relación entre amnesia infantil y sadismo del superyó.

Amnesia infantil y sadismo del superyó

Sabemos que son las vicisitudes sexuales del complejo de Edipo las que caen bajo la amnesia infantil^[3]. Desde allí lo sexual se disocia en sus componentes eróticos, que se reprimen, y los hostiles, que pasan al superyó. En la sexualidad infantil lo erótico y lo hostil aún no

se distinguen. La 'maldad', por decirlo así, aún es 'inocente', los 'crímenes infantiles' son inimputables.

Es a partir de la amnesia de lo infantil que se distingue lo erótico de lo hostil.

Lo hostil pasa a ejercerse desde el superyó y toma como objeto al yo, cuyas mociones eróticas, por su primitiva comunidad con lo hostil, son consideradas 'malas', censurables desde el superyó, quién, entretanto, aparece desprendido de eros. De nada vale que el yo se muestre inocente; el yo 'no sabe' lo que el superyó, por su origen, 'sabe'.

El componente sádico de la pulsión sexual, que ha caído en la amnesia del yo, mantiene su vigencia ejerciéndose desde el superyó. La amnesia de lo infantil es un proceso que involucra más cosas que la represión. La represión es sólo una vertiente del proceso amnésico.

Para que resulte la amnesia hay que conjugar la represión con la disociación de lo erótico y lo hostil y, además, con el cambio tópico que hace pasar lo hostil al superyó. Es decir, la amnesia infantil, que sepulta el incesto parricidio, involucra: la disociación de lo erótico y lo hostil, la represión de lo erótico y el desplazamiento tópico de lo hostil al superyó.

Así, la nueva organización psíquica que resulta, se vuelve amnésica de lo que le dio origen^[4].

Escena primaria – Sadismo - Celos

Volvamos sobre el material clínico que veníamos considerando.

Un dato –que por supuesto no pertenece al caudal de recuerdos de Héctor sino a lo que los padres le han contado de su historia- es que compartió el cuarto paterno hasta la edad de cinco o seis años.

Enseguida pensamos en la escena primaria, de la que si bien están ausentes todos sus recuerdos, son en cambio muy presentes claros indicios y residuos de la misma.

Héctor, que desde su juventud lo acompaña una moderada hipoacusia, es sin embargo extremadamente sensible a los ruidos. Si lo normal es que al momento de dormir la conciencia se hace más insensible a los ruidos por el retiro de la carga de atención, en Héctor se da el proceso inverso: en el silencio de la noche se acentúa notablemente su sensibilidad a los más pequeños ruidos y estando en sesión, el ruido de una sirena, bocinas de autos o el escape de una moto le provocan gran irritación.

Es clara la relación entre la escena primaria, la hipersensibilidad a los ruidos y el insomnio.

La contemplación de la escena primaria despierta celos asesinos (Cesio). El niño, desposeído del falo y abandonado como Edipo, presencia la unión gozosa de la pareja parental. Este estímulo traumático suscita un acto del yo de placer que expulsa ‘lo malo’ al exterior (Loschi). El correlato somático de tal acto, como se ve en el Hombre de los Lobos, es una defecación y lo ‘malo’ expulsado –la caca- es el padre asesinado, que queda así excluido –olvidado-. Asesinato y olvido son vertientes de un mismo acto psíquico. La valencia de ese acto del yo de placer es la de un acto parricida. El parricidio es real como acto psíquico.

Paralelamente, el yo placer incorpora lo 'bueno' –identificación con la madre de la escena primaria-. Esta separación de lo 'malo' y lo 'bueno', 'padre' y 'madre', 'afuera' y 'adentro', es correlativa de la disociación de lo sexual en hostil y erótico. Ahora el niño, identificado a la madre, queda sometido masoquistamente al sadismo del padre. Vale consignar que ese sadismo del padre resulta del desplazamiento tópico del sadismo parricida de la sexualidad infantil. El sadismo parricida –que contiene el incesto- con el 'asesinato' queda olvidado (sepultado) y se traslada tópicamente al padre para luego ser heredado por el superyó. Lo erótico, por su parte, es reprimido por el superyó y/o pasa a configurar el masoquismo del yo sometido al sadismo del superyó.

La amnesia es la expresión fenoménica del crimen. No es que el crimen es olvidado; olvido y crimen son el mismo acto. La amnesia es la expresión actual, transparente, del crimen, si bien, por pertenecer a un contexto desgajado de la nueva organización psíquica no permite ser reconocida como tal.

El crimen es amnesia y la amnesia crimen. Es interesante que de la misma raíz de amnesia (a-mnesia: sin memoria) deriva amnistía, cuyo sentido es dejar sin pena un crimen cometido bajo otro régimen. 'El crimen' bajo el régimen –mítico- de la sexualidad infantil queda olvidado y sin pena para la organización psíquica posterior, cuyo régimen es 'la realidad'. No obstante queda un residuo del mismo: la culpa inconsciente. El destino de la misma puede ser enlazarse al erotismo configurando el masoquismo; ejecutarse como necesidad

de castigo (R.T.N.) o desplazándose hacia el erotismo mantener a éste bajo la represión (sentimiento de culpa neurótico).

El mítico sadismo del superyó es el monumento conmemorativo del olvidado sadismo infantil. Es de señalar que en Héctor, brillaban por su ausencia 'recuerdos' de ese sadismo; la imagen que tenía de sí y su conducta, tal como él lo manifestaba, eran las de un 'buenudo'. Mas vivía atormentado por objetos sádicos.

Del mismo modo, los celos trágicos infantiles hacen su traslado tópico al superyó; el superyó es celoso. De tal suerte, los celos del superyó se ejercen sobre el yo, que pasa a ser víctima de esos celos. Héctor sólo tenía una conciencia muy superficial de sus celos, pero era muy sensible y se sometía a los celos de su mujer y otros significativos^[5].

Esta continuación del sadismo y celos infantiles en el superyó explica lo que Freud afirma: cuando más se siguen las prerrogativas del superyó, más cruel –y celoso- éste se vuelve. La tiranía de la sexualidad infantil mantiene su vigencia desde la sede del superyó. El niño –el de la sexualidad infantil- es el padre del hombre y el superyó su heredero. Esto también explica por qué cuando el padre de la historia personal es más 'bondadoso', el superyó es más cruel y tirano.

La amnesia infantil es la bisagra en la que se cierra la puerta que divide dos constelaciones psíquicas y que explica la aseveración de Freud en cuanto a que lo que es placentero para un sistema (el

mítico infantil), es displacentero para el otro (cuando pasa a ser el superyó la sede de la sexualidad infantil tomando al yo como objeto). La palabra 'infantil' ha quedado firmemente asociada a su sentido temporal; lo que ocurrió cuando niños. Pero si aquilatamos como corresponde el aserto freudiano acerca de que "en lo inconsciente nada es pasado ni está olvidado", podemos entender 'infantil' en su sentido etimológico: in-fantil, sin palabra. Lo infantil es lo actual y vigente, es lo eficaz y construir el mito que de palabra a la amnesia infantil, una tarea princeps del análisis.

Los sucesos que en el relato de Héctor aparecen olvidados (la intervención quirúrgica de la sobrina, la muerte de un hijo), han sido atraídos a la represión por su conexión con la masturbación infantil. Esta última alimentada por fantasías de ataques sádicos al cuerpo de la madre y a la potencia del padre. Este acto criminal –de incesto y parricidio- lleva a la amnesia. El sadismo es olvidado y se traslada al padre, a quien ahora le teme y frente a quien adopta una actitud pasiva, esperando sus ataques sádicos (contenido representacional de sus pesadillas). Entre tanto se somete a la madre y se convierte en un niño bueno, modelo, que dócilmente le muestra a esa madre su caquita. Agarrarse a las polleras de su madre, como actualmente lo hace con su mujer, lo protege del peligro de la castración con que el padre –ahora sádico- lo amenaza.

Cuando me muestra en sesión sus 'cagadas' –los olvidos-, se repite la escena con la madre, a la vez que se somete al sadismo del padre, intentando apaciguarlo (transferencia psiconeurótica). A esta escena subyace la de la masturbación infantil (transferencia actual),

la que escapa a las palabras, la que es acto y que resuena en mi 'oscura sensación' al escuchar su relato.

Al mencionar yo la masturbación, ésta le da palabra a un fragmento de su amnesia infantil y provoca la risa de Héctor.

El hijo muerto, como la caca, es un retoño con que alcanza la conciencia la amnesia infantil, y por lo mismo es reprimido, olvidado (es notable el asco que le despierta a Héctor la caca). Paralelamente la amnesia infantil es lo actual de la sesión (transferencia actual), la que, en las palabras y más allá de estas, es presente en las vivencias del analista, esperando la palabra de éste que la de a luz. La eficacia actual de esta amnesia infantil podemos asociarla con la esterilidad de Héctor y con la esterilidad que amenaza su análisis de no poder dar palabra a las vivencias con que la amnesia se anuncia. La eficacia 'actual' es atributo de la dimensión mítica de la sexualidad infantil, como la eficacia de las palabras de Pélope al maldecir el crimen de Layo: "Layo, Layo, que nunca tengas un hijo y si lo tienes que sea el asesino de su padre".

En las consideraciones que preceden usamos 'mito' en un sentido distinto al convencional y más afín a su uso en la antigüedad. Como desde entonces la dimensión mítica se opone a la dimensión realidad, se ha tendido a considerar que, por no ser realidad, el mito es falso. Mas, del hecho que no pertenezca a 'la realidad' no se desprende que sea falso. Verdadero- falso son categorías válidas en la dimensión realidad, pero tal distinción no es pertinente en la

dimensión mítica. Si bien el mito no es realidad, su eficacia es real: “las brujas no existen, pero que las hay, las hay”.

Apéndice: notas sobre olvido y muerte

Si, revalorizando la dimensión mítica como dimensión psíquica, la incluimos junto a la dimensión realidad, considerando que ambas poseen iguales títulos, aunque sean diferentes y correspondan a distintas constelaciones, se abre un nuevo modo de entender qué es recordar en psicoanálisis. Se suele considerar que se trata de recordar algo acontecido en la realidad, pero lo que ocurrió en realidad carece de interés si no queda incluido en el contexto mítico que le da sentido. Lo olvidado con la sexualidad infantil es, fundamentalmente, la dimensión mítica donde, por ejemplo, una muerte es un parricidio mientras que en la realidad sólo es una muerte. El campo de la transferencia es el que instala, infundiéndole nueva vida, a esa dimensión mítica en el espacio del encuadre. En lo expuesto anteriormente procuramos destacar que el ámbito de la sexualidad infantil no es el de ‘la realidad’ sino el del mito y que recordar la sexualidad infantil no consiste en recuperar recuerdos de cuando niños sino que implica crear el contexto mítico que le devuelva o le de sentido a las memorias inconscientes; ‘sentido’ en primer lugar de ‘sentir’ y en segundo lugar de significado. En cuanto al sentido (sentir) esas memorias no se inscriben en un marco temporal (del ahora, antes, después), son actuales –eficaces- en el espacio mítico de la transferencia y en cuanto al significado, es el que le da la construcción –en palabras- del acto mítico que en ese

espacio tiene lugar. Recordar, en psicoanálisis, es dar palabra a la dimensión mítica (real- actual) o, si lo queremos decir de otra manera, lo real-actual tiene estructura de mito. En ese sentido podemos decir que la amnesia infantil como la sexualidad infantil es nuestra 'actual mitología' (actual en el sentido de presente y, sobre todo, en el de eficaz).

Es sugerente que otras concepciones participen, bajo otras consideraciones, de la misma idea -que el recuerdo de 'lo olvidado' no pertenece a 'la realidad' sino a la dimensión mítica- y, aun cuando se recuerde algo de 'la realidad', es la dimensión mítica la que da sentido a ese recuerdo.

Últimamente en nuestro medio han tomado cierta popularidad las 'terapias de vidas pasadas'. De acuerdo a ellas, ciertos trastornos actuales son reflejos de acontecimientos ocurridos en alguna de nuestras vidas anteriores. La tarea consiste entonces en traer al recuerdo esos acontecimientos a través de un relato cuya estructura es mítica. Recuerda el recitado del mito de origen con que el chamán procuraba erradicar un mal.

Esta teoría de la amnesia de 'las vidas pasadas' es quizás una versión popular de 'nuestra' teoría de la amnesia infantil. Si acá las ponemos en relación no es para contraponerlas, convalidar una en detrimento de la otra o equipararlas, es para poner más de relieve que 'lo infantil' (sin palabras) tiene estructura de mito, y de ahí su eficacia.

Por otro lado esta concepción, bajo diversas formas, es antiquísima.

Mircea Elíade, analizando mitos indios sobre el olvido, distingue en ellos los siguientes elementos:

- 1- Un yogui se enamora de una reina
- 2- Ese amor físico produce inmediatamente la amnesia del yogui
- 3- Un discípulo lo encuentra y por medio de diversos símbolos (danzas, signos secretos, cantos, lenguaje enigmático) le ayuda a recobrar la memoria
- 4- El olvido del yogui se asimila a la muerte y, a la inversa, el recordar, la anamnesis, al despertar, al salir de esa cautividad.

Según el mismo autor, la consideración de la amnesia y de la anamnesis (recordar) es semejante en los mitos indios y de la Grecia arcaica.

Mnemosyne, la madre de las musas, es omnisciente y según Hesíodo (Teogonía) sabe “todo lo que ha sido, es y será”. Cuando el poeta está poseído por las musas, bebe directamente de Mnemosyne, es decir, del conocimiento de los orígenes, de los comienzos, de las genealogías “las musas cantan empezando por el principio –ex arches- la aparición del mundo, la génesis de los dioses. El pasado develado es algo más que el antecedente del presente: es su fuente. La anamnesis no ubica los acontecimientos en un marco temporal, sino que alcanza el fondo del ser y permite comprender el devenir en su conjunto” (Teogonía- Hesíodo). Así el poeta accede a las verdades originarias. El modo como éstas han aparecido ab origine no se puede percibir en la experiencia diaria.

J.P.Vernant distingue dos mitologías del olvido y la muerte en Grecia. La más arcaica equipara el olvido a la muerte. Los muertos son los que han perdido la memoria. Los moradores del Hades han olvidado todo (con excepción de Tiresias).

En la Grecia posterior la mitología de la memoria y el olvido (anamnesis y amnesia) se modifica. Ya no es el pasado primordial lo que importa conocer, sino la serie de existencias anteriores (metempsicosis; transmigración de las almas). La función de Lethe (olvido) se invierte: si antes el alma que abandonaba el cuerpo olvidaba su existencia terrestre (los moradores de Hades han olvidado todo), ahora Lethe borra el recuerdo del mundo celeste en el alma que retorna a la tierra para reencarnarse.

Pitágoras, Empédocles y otros aún creían en la metempsicosis y pretendían acordarse de sus existencias anteriores: “He sido yo en otro tiempo un muchacho y una muchacha, un matorral y un pájaro, un mudo pez en el mar” “Estoy librado para siempre de la muerte” (Empédocles)

Hay pues en Grecia dos valoraciones de la memoria: la que se refiere a los acontecimientos primordiales (cosmogonía) y la memoria de existencias anteriores (metempsicosis). Lethe se opone con igual eficacia a estas dos clases de memoria.

Platón conoce y toma estas dos tradiciones concernientes al olvido, la memoria y la muerte, pero las reinterpreta para articularlas en su sistema filosófico. Para Platón aprender equivale a recordar. Con cada reencarnación el alma bebe en las aguas del Lethe y olvida el conocimiento conseguido por la contemplación directa de las Ideas.

Con todo, esta sabiduría está latente en el hombre reencarnado y la filo- sofía es el trabajo que posibilita actualizarla. Es al volver a la vida terrestre cuando el alma olvida las Ideas. La muerte es el retorno a un estado primordial, perdido por la reencarnación. Ya no se trata en Platón del olvido de existencias anteriores, sino del olvido de las verdades transpersonales que son las Ideas. Recordemos que en Grecia la pérdida de vigencia y eficacia del mito precede en uno o dos siglos a Platón.

¿Podríamos decir que el psicoanálisis es nuestra ‘actual mitología’? quitándole a esa palabra el tono peyorativo que la tradición moderna le ha dado y, por el contrario, jerarquizar esa categoría –el mito- que ‘la realidad’ mantiene en el olvido.

Bibliografía

1 Cesio, F. “Celos. Olvido. Homosexualidad. Desmemoria” La Peste de Tebas N° 11

2 Loschi, A. “El Problema de La Realidad” La Peste de Tebas N° 1

3 ” “Conciencia, Fantasías y Mundo Externo” La Peste de Tebas N° 34

4 Eliade, M. “ Mito y Realidad” Ed. Alfaguara